

Francisco de Quevedo o el saludable asedio perpetuo

Quizá su ingente sabiduría y su vocación contestataria constituyeron sus más encarnizados enemigos, pues llevaba dentro de sí un Sísifo que empujaba la bola de un mundo «por de dentro», un infierno con todos sus demonios. Fue antipático a muchos, incómodo a no pocos y no dejó indiferentes a los más. Escribió que los sueños, las más veces, son burla de la fantasía y ocio del alma; sin embargo, en otras ocasiones, presentaban verdades desnudas, verdades que no eran genuflexas con el poder, verdades peligrosas que costaban el gaznate. Proclamar a los cuatro vientos que la vida del hombre es sólo pañales y mortaja conlleva sus riesgos: de momento, la hostilidad de quienes no quieren saber, ni siquiera hoy, que seremos polvo, mas —una luz— polvo enamorado.

Jamás se agotarán los estudios y comentarios sobre Francisco de Quevedo y Villegas; con éste, el primer volumen de las actas que por gentileza del GRISO y de Ignacio Arellano ve ahora la luz, queremos afirmar una vez más la importancia —nunca nos cansaremos de decirlo— del escritor madrileño en la literatura y la trascendencia que posee su legado para comprender su época... y la nuestra. El haber establecido la sede del Centro de Estudios Quevedianos (CEQ) en el lugar que ocupó su casa, en la Torre de Juan Abad, había de facilitar con toda lógica que estudiosos de todo el mundo se acercaran a debatir, a glosar, a desbrozar la obra del autor de los *Sueños*. Vuelven ahora los manuscritos y las primeras ediciones al hogar de donde salieron al mundo, de la mano de quien se refirió a sí mismo como el caballero alarbe en alguna carta, no sabemos si acusando falsa modestia o ironía burlona, en este «lugar ventorrillo» donde le llegaban los ecos de la Corte, un Madrid lo suficientemente lejano para que pudiera encontrar el sosiego necesario con el que alentar su escritura. Mientras, su amigo Sancho de Sandoval le enviaba peras y granadas con que sazonar sus ratos. Tras adquirir en 1621 el señorío de la Torre de Juan Abad, mucho pleiteó Quevedo porque le fueran pagadas las rentas de varias tierras de la aldea y, sin embargo, siempre contempló la Torre como el hábitat de las gentes sencillas, de las mujeres que, ajenas a los afeites, se afanaban en las tareas cotidianas del campo. Aquel contraste respecto de su agitada vida política no podía producirle otro sentimiento que el sosiego y acaso la añoranza, como don Quijote, de una perdida Edad de Oro.

«Este cimiterio verde, / este monumento bruto, / me señalaron por cárcel: / yo le tomé por estudio», dice en el romance que dedica a las cercanas Torres de Joray. Aún continúan hoy en el mismo emplazamiento, tal como Quevedo las vio, cerca del pueblo, testigos ruinosos y precipitados, esqueleto de un tiempo pasado. Seguro que le parecieron dos torres acometiéndole aquellos dos alcaldes de corte —alguaciles alguacilados— que lo hallaron acostado, descuidado y tranquilo, en la casa del duque de Medinaceli, una fría noche de diciembre de 1639. Desde allí lo llevaron preso a San Marcos de León, donde lo encerraron bajo tres llaves hasta 1644. Cuando salió, tras una breve estancia en Madrid, volvió a la Torre notablemente avejentado, ya tocado por la Parca. Tenía 64 años y la muerte había tendido sus insignias por todo su rostro.

La validez de Quevedo es eterna, su enseñanza perpetua y su advertencia perenne; razonaron con él sus libros y después los suyos lo hicieron con nosotros, que escuchamos sus palabras con los ojos. Con el *I Congreso Internacional Francisco de Quevedo desde Torre de Juan Abad* hemos comprobado una vez más —y por si a alguien le quedaba alguna duda— que abrir la obra de Quevedo, el mero hecho de levantar la tapa de una de sus obras, supone asomarse —no sin sentir cierto vértigo— a un panorama vastísimo, enriquecedor y poliédrico, reunido —y esto es lo asombroso— en una sola persona. Su rara erudición y caudal eran ya reconocidos por sus contemporáneos. Pensando en la mejor manera de acometer el primer asedio a su ingente producción, convenimos en que era obligado compartimentar su lectura, a la vista de las propuestas que nos enviaron los ponentes, en las relaciones con la política de su tiempo y con otros escritores como Cervantes, Villamediana y Jerónimo de Pasamonte; con otros géneros y artes, como el teatro o la pintura; con su obra perdida...; incluso, nos aventuramos a proponer una fecha plausible de su nacimiento. También quisimos dar voz a la creación en la persona de Raúl Guerra Garrido, el Premio Nacional de las Letras 2006, para que nos diera su visión personal del escritor, pues Quevedo es, ante todo, literatura viva, amén de estudio filológico. Ese punto de vista, el de los autores que hacen cada día literatura hoy, nos interesa tanto como el de los estudiosos del vate: dónde converge su obra con la de don Francisco, qué huella les dejó su lectura, qué opinan de él...

«No seas de los vulgares que dicen que todo tiempo pasado fue mejor, que es condenar el porvenir sin conocerle: pues forzosamente dirá el futuro, en llegando, que es mejor que éste, no por bueno, sino por ya pasado». Vaya por delante este aserto escrito por Quevedo en carta a un amigo desde su prisión en León para desmentir a aquellos que lo han acusado de nostálgico y poco dado a contemplar con optimismo lo que estaba por venir. Así ocurre con todos los prejuicios que circulan sobre él y su obra e incluso con sus propios prejuicios y mitos, desmontados por algunos de los brillantes trabajos que conforman estas actas. «Hoy por las guerras civiles dices que no se puede vivir; no olvides en cuántas edades desearon no haber nacido».

Quevedo sabía mucho de un mal que acongoja nuestro tiempo: la falta de entusiasmo, la ausencia de horizontes dibujados sobre el trazo de la cultura, la omnipresente sensación del ciudadano de verse huérfano de ilusiones, desembarazada su vida de esperanzas; también le molestaba especialmente la ignorancia, la traición y el arribismo. «Digámoslo de una vez —dice Quevedo en otra epístola señalándolos a todos—: el que es difunto antes de acabar de vivir». Otros, siendo barberos, se llaman tundidores de mejillas y sastres de barbas, y con eso estiman más su quehacer cotidiano y viven una vida bajo la máscara. Los escritos de Quevedo al sueño de la vida hablan despiertos y están ahí para el que quiera conocerlos. En el CEQ facilitamos los medios para que ese conocimiento sea más directo, más físico, más contextualizado: el hombre y su época, el poeta y su obra completa, el genio y su lugar de La Mancha, donde crece el pensamiento.

Con espíritu quevediano, con el ánimo de renovar la siembra de la obra de Quevedo en el exacto lugar donde vio la luz y donde se inspiró, hemos levantado un foro y un edificio que propicie el encuentro de todos los que aman de verdad su poesía satírica y amorosa, su picaresca, sus escritos filosóficos y morales, su obra religiosa, su teatro, etc., con el único fin de dar a conocer el inmenso tesoro de su existencia. El CEQ es ya una realidad y el GRISO ocupa un lugar de excepción en los mimbres con que hemos comenzado a trabajar. Estas *Actas del I Congreso Internacional Francisco de Quevedo desde Torre de Juan Abad: «Asedios a Quevedo»*, que se suman al estudio de José María Lozano, *Francisco de Quevedo desde la Torre de Juan Abad*, editado por la Fundación Francisco de Quevedo, dan muestra de que nuestro programa para los próximos años no es «humo que arrojan los hervores de la mocedad», sino el inicio de la senda firme de la divulgación de la figura de Quevedo.

A los que nos han apoyado y nos siguen apoyando en esta grata tarea —Junta de Comunidades de Castilla-La Mancha, Diputación Provincial de Ciudad Real, Universidades de Castilla-La Mancha y Navarra y muy especialmente el GRISO— les damos las gracias y compartimos con ellos el fruto del esfuerzo, un empeño que merece la pena, un viaje a la España del XVII a manera de espejo de las pasiones y debilidades humanas intemporales, para enmendar o fecundar nuestros asuntos.

A ti, lector, que ahora tienes entre tus manos esta primera entrega, te felicitamos porque encontrarás en ella sabrosas ideas de nuestro Séneca madrileño y abundante y beneficioso entretenimiento. La cita del próximo año será con los paisajes de Quevedo. Hasta entonces, guarde Dios a vuesa merced mil años.

En la Torre, día de Reyes de 2008.
DAVID FELIPE ARRANZ Y JOSÉ LUIS RIVAS.

